

su riqueza está justamente en que invita a una discusión vívida de aquello que Nietzsche nos invita a pensar hoy. Señala así un modo posible, y tanto más necesario por lo inusual, de pensar a Nietzsche.

Bernardo Aibinder

Campioni, Giuliano, *Nietzsche y el espíritu latino*, trad. S. Sánchez, Buenos Aires, El cuenco de Plata, 2004, 331 pp.

Este libro, inédito aún en su lengua original, se presenta como una continuación de la ya vasta tradición italiana de recepción de la obra de Nietzsche comenzada con la edición crítica (1964) a cargo de Giorgio Colli y Mazzino Montinari. Discípulo de este último, Campioni se propone profundizar las propias investigaciones comenzadas con *Leggere Nietzsche* (1992) e *Il genio tiranno* (1993), escrito en colaboración con Sandro Barbera, donde se intentaba mostrar la estrecha relación de Nietzsche con su época a través de sus lecturas de Wagner y Renan.

El objetivo, tal como queda explicitado desde las primeras páginas de este nuevo trabajo, es ofrecer una "recuperación del espesor histórico de categorías filosóficas centrales" del pensamiento nietzscheano, no en desmedro de su posible originalidad, sino para restituir la "trama francesa del texto" y para dimensionar correctamente la individualidad dentro del hoy perdido horizonte cultural (p.14). Se trata de emprender la escrupulosa tarea de construir un edificio de erudición filológica, lectura atenta y paciente, documentación precisa y contextualización histórica, que haga caer por su propio peso el estereotipo de un Nietzsche representante del espíritu germánico y antilatino, producto de una burda simplificación ideológica.

Así, munido de las fuentes con que Nietzsche cuenta a lo largo de su itinerario intelectual, Campioni revisa el vínculo de ciertas categorías recurrentes —como las de genio, héroe, cultura superior, hombres superiores, *décadence*, la oposición Norte/Sur etc. — con sus lecturas de diversos representantes del así llamado "espíritu latino".

El comienzo del recorrido es ni más ni menos que Descartes, pensador

al que suele verse como la encarnación del *esprit français*, el racionalismo ilustrado opuesto al *esprit allemand* que encarnaría el propio Nietzsche. Campioni pasa revista de los intérpretes, tanto franceses como alemanes, que han malentendido la relación entre ambos y ven en el filósofo alemán "el compendio de la antirazón alemana", el mejor ejemplo del germanismo heroico. Y tras hacerlo, reconstruye el recorrido filosófico de Nietzsche desde su "liberación" de la influencia wagneriana y schopenhaueriana hasta su consideración de los franceses del siglo XVII como los verdaderos herederos de la Antigüedad griega; momento en que hace de Descartes el representante del método científico ordenador contra la intuición romántica del genio, de la alegría y la pasión por el conocimiento y de la fisiología y psicología dinámica francesas. Así, el autor traza la línea que va desde un Nietzsche metafísico que ve en el racionalismo, antiguo o moderno, la fuerza negativa que destruye la bella ilusión de la vida instintiva del genio-artista hasta la reivindicación de un filósofo "portador de un *pathos* de la verdad" que no acepta los engaños divinos y despierta al hombre que duerme sobre el lomo de un tigre (p. 36).

El siguiente paso es el rastreo de las lecturas que Burkhardt y Wagner hacen de Renan y los distintos posicionamientos de Nietzsche frente a ellas. Así se ve cómo en la primera *Intempestiva* se acepta la lectura wagneriana del genio como aquella fuerza que unifica la comunidad y lucha contra la mediocridad niveladora a través del mito y del ideal (p. 72); pero también se reconoce la creciente influencia de Burkhardt que, coincidiendo con un avance hacia la tarea de "disección de la modernidad" característica de los escritos posteriores, hace de contrapeso crítico de la "ideología germánica de Wagner" (p. 86). Allí donde en un comienzo se concibe con Wagner una metafísica de artista en la que el mito y la música llevan consigo los valores supremos de la cultura contra el "caos atomista moderno", se verá luego la expresión de la debilidad de los tiempos y, con Burkhardt, se considerará la sociedad griega como ideal del *agón* y la pluralidad de individuos superiores (p. 91). De igual manera, en su alejamiento progresivo de Renan, Nietzsche se servirá tanto de Doudan y Barbey d'Aurevilly, como de Dostoievski y Tolstoi.

El tercer capítulo del libro retoma la clásica oposición entre la *Kultur* alemana y la *Zivilisation* latina y muestra el recorrido que sigue Nietzsche

“desde la adhesión a la ideología de Wagner hasta el afianzamiento de una práctica filosófica libre de mitos y de ideologías” (p. 131). Para ello recurre una vez más a Burkhardt, pero también a Stendhal, Gebhardt y Taine. Este trazado a través de las fuentes permitiría “estimar cuán grande ha sido el peso de la aproximación de Nietzsche al mundo y cultura latinos” y el valor que adquirieron en su filosofía el Renacimiento italiano y la época francesa clásica.

De este modo, tras disponer el contexto cultural, llegamos a las numerosas consideraciones nietzscheanas sobre el sur y el Renacimiento que aparecen en los apuntes de lectura de los fragmentos póstumos de 1880. Con Stendhal y Taine se afirma la “energía extramoral del sur contra las nubes del norte”. El Renacimiento pagano es sinónimo de felicidad, pasión y amor, la *belleza es promesa de felicidad* (p. 175). Ahora, “la complejidad del alma moderna, su apertura a todas las experiencias, su caos no constituyen una decadencia inevitable: la muerte de Dios abre la posibilidad de un alma más vasta, un alma supra-europea, capaz de acoger bajo una forma superior instintos que se oponen por su fuerza y su gradación” (p. 179). Ejemplo de ello serán Miguel Ángel, Rafael y Leonardo. Y, finalmente, César Borgia será la antítesis de Parsifal.

En el capítulo quinto se explora la valoración especial que recibe Goethe entre sus coterráneos. De la mano de Taine, Nietzsche afirma su naturaleza dionisiaca y su pertenencia a la estirpe de los “hombres del Renacimiento”, ese tipo ideal de humanidad afirmativa y amplia opuesto al fanatismo uniforme de la moral del norte. A su par encontramos a Lord Byron, que expresa la contradicción interna del “hombre superior” nietzscheano, “la fuerza del desgarramiento” surgida de la crisis que tiene su origen en la muerte de Dios. El hombre superior, productor extremo de una época de transición, incapaz de dominar y ordenar los instintos contradictorios es, sin embargo aquel que ha “contribuido inconscientemente a hacer emerger y preparar para otros la tarea de la «inversión de los valores»” (p. 222). Este es lugar conceptual que Nietzsche termina otorgando al poeta inglés y a su personaje *Manfred*: “la figura más noble del hombre superior que, precisamente por su nobleza y su fuerza, alcanza la plena conciencia de ser un caos tremendo y llega hasta la destrucción de sí” (p. 227).

Vemos entonces, a partir del trabajo genealógico llevado a cabo por

Campioni, cómo el Nietzsche maduro llega a hacer uso de “novelas y narraciones como material para analizar las costumbres y valorar las tendencias literarias y otros síntomas del estado de salud general de una cultura” (p. 267). Y cómo extrae de allí los puntos de convergencia entre la *décadence* francesa y el «caso» Wagner. El principal referente en este estudio profundo del “alma moderna” será el psicólogo Paul Bourget (cuyo nombre es acompañado en el capítulo 3 de *Ecce Homo* por los de Pierre Loti, Gyp, Meilhac, Anatole France y Guy de Maupassant). Y será precisamente esa exhaustiva investigación la que le permitirá postular un progresivo alejamiento del hombre empequeñecido por los nacionalismos europeos hacia la aparición de un hombre nuevo, supra-europeo.

Hasta aquí, un breve comentario de algunos de los numerosos temas tratados en este libro fundamental e imprescindible para todo aquel que desee abordar un estudio serio de las fuentes francesas de Nietzsche. No nos abandona, sin embargo, un levisimo malestar producido por un cierto halo de excesiva prudencia, de exagerada neutralidad que bordea y protege al texto. Llegamos a la última página esperando algún pronunciamiento teórico del autor sobre el mito que se ha propuesto derribar —el de un Nietzsche heroico y defensor de los verdaderos valores de una *Volksgemeinschaft* alemana— y sobre las consecuencias de haberlo derribado.

Paula Fleisner

Cragolini, Mónica B. (comp.), *Modos de lo extraño. Alteridad y subjetividad en el pensamiento posnietzscheano*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005, 192 pp.

Ante todo, lo que este libro da generosamente a pensar es un modo de ser o estar en el pensamiento, un modo de hacer filosofía que toma en cuenta efectivamente el riesgo de las posibilidades y las diferencias: acaso la mayor y más perdurable enseñanza de Nietzsche, devenida síntoma de una apertura inaudita en la historia de la filosofía occidental.

A modo preliminar, puede decirse que este libro se propone indagar la